

R E S E Ñ A BIBLICA

JESÚS, MISERICORDIA ENTRAÑABLE



Asociación
Bíblica Española

PRIMAVERA 2016
Nº 89
VERBO DIVINO



PRIMAVERA 2016 • Nº 89

JESÚS, MISERICORDIA ENTRAÑABLE

Coordinadora: Elisa Estévez López

EDITORIAL	Pág. 2	Consecuencias de la misericordia	Pág. 47
		Carlos GIL ARBIOL	
SECCIÓN MONOGRÁFICA		SECCIÓN ABIERTA	
Dichosos los misericordiosos (Mt 5,7).....	Pág. 5	La limosna, praxis misericordiosa en las primeras comunidades cristianas.....	Pág. 55
Alberto DE MINGO KAMINOUCI		Fernando RIVAS REBAQUE	
«Cuantos lo tocaban obtenían la salud» (Mc 6,56)	Pág. 13	SECCIÓN DIDÁCTICA	
Fidel AIZPURÚA DONÁZAR		Contemplación de la misericordia: más allá de las palabras	Pág. 62
Misericordia: un lugar donde vivir a salvo... Dolores ALEIXANDRE PARRA, RSCJ	Pág. 21	M ^a Leticia SÁNCHEZ HERNÁNDEZ	
Jesús, misericordia entrañable, al encuentro de los «otros», los extraños y diferentes	Pág. 29	SECCIÓN INFORMATIVA	
Elisa ESTÉVEZ LÓPEZ		Boletín bibliográfico	Pág. 70
El perdón como expresión de la misericordia.....	Pág. 39	Presentación de libros	Pág. 70
David ÁLVAREZ CINEIRA		Noticias.....	Pág. 72

Editorial

Este número de *Reseña Bíblica* se centra en Jesús, misericordia entrañable del Padre, a quien el Papa invita a contemplar a lo largo de este año *porque en sus gestos y con toda su persona revela la misericordia de Dios (Misericordiae vultus, 1)*. Él nos ha desvelado su rostro y nos muestra el camino de la misericordia: *ser prójimo de quienes sufren enfermedad y muerte, opresión, exclusión y marginación; adentrarse en los caminos desconcertantes y desafiantes del perdón.*

En el primer artículo, Alberto de Mingo desentraña *el significado de la bienaventuranza sobre los misericordiosos (Mt 5,7)*, hombres y mujeres que experimentan y ejercen misericordia con quienes padecen el infortunio, la desgracia o el sufrimiento. Quienes son misericordiosos quedan incorporados a un dinamismo que tiene su origen en el Padre y que está destinado a realizar sobre la tierra la fraternidad universal.

Fidel Aizpurúa reflexiona sobre *la misericordia como praxis sanadora*, un modo de acercarse al Dios cercano a la gente, interesado por las dolencias del pueblo humilde, solidario con las angustias físicas y sociales que afectaban a los empobrecidos. Centrándose en las curaciones de Jesús en el evangelio de Marcos, va mostrando cómo el Maestro devuelve la salud a quien sufre, restaura a quien está herido, sana al desamparado, abre a la adultez, cura las cegueras estructurales.

Dolores Aleixandre nos adentra en las *parábolas lucanas de la misericordia*, que tienen una estructura similar: a una situación de pérdida y vida amenazada sigue una intervención de búsqueda y, al final, lo perdido y alejado está en un lugar seguro: los hombros del pastor, las manos de la mujer, los brazos del padre. A ese espacio a salvo podemos darle el nombre de «espacio-misericordia».

Elisa Estévez se pregunta por *la misericordia con los «otros», los extraños y diferentes*. La misericordia no conoce fronteras, ni pide a nadie cruzar el mar en pateras con el naufragio y la muerte como amenazas, o atravesar desiertos hambrientos y escondidos, con el miedo a las espaldas, o sufrir el dolor y la enfermedad por estar excluido. Jesús, misericordia entrañable, toma el rostro del «otro» (el buen samaritano) y se acerca, cuida, reconoce y restaura la salud sin excluir a nadie en razón de su etnia o su patria.

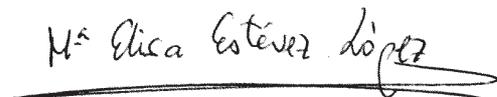
David Álvarez se propone mostrar la enseñanza de Jesús acerca del *perdón como expresión de la misericordia divina, orientada fundamentalmente hacia el perdón del prójimo*. Su praxis ilustra cómo el perdón es un regalo, dado por amor y otorgado en ocasiones de forma inesperada e inmerecida. Él mismo constituye el paradigma de lo que significa perdonar. El perdón otorgado en la cruz a los enemigos es el gesto más elocuente de ello. Desde la experiencia del perdón recibido, el perdón ofrecido es una exigencia ineludible, como testimonio de tanto amor y tanta misericordia recibida.

El artículo de Carlos Gil reflexiona sobre el tema de las consecuencias de la misericordia desde el lugar y la piel de las víctimas. Muestra cómo la vida de Jesús y el anuncio de la buena noticia del rostro de Dios subrayaron un aspecto fundamental, paradójico y desconcertante: Dios es *solo* misericordioso. La misericordia de Dios funciona como una inversión de la lógica dominante: Dios no ama más a quienes son mejores, más éticos, más legales, más esforzados, más solidarios. Dios ama a todos de un modo tan desmesurado que nadie queda excluido.

En la Sección Abierta, Fernando Rivas se adentra en la praxis de la limosna en las primeras comunidades cristianas, uno de los signos más distintivos de estas y, además, un medio eficazísimo de evangelización e instrumento fundamental en la estructuración de la propia Iglesia. La limosna, en línea con la tradición bíblica, ha de tener en su base la justicia, estar enraizada en la misericordia y la compasión y tender a la caridad.

La Sección Didáctica presenta el artículo de Leticia Sánchez sobre *la misericordia de Dios en las representaciones visuales y la iconografía*. Ha seleccionado distintas manifestaciones artísticas en el tiempo, desde los primeros frescos en las catacumbas hasta la actualidad, para mostrar a Jesús en su praxis misericordiosa. La iconografía recogió las parábolas de la misericordia, las curaciones, el dolor de Jesús ante la viuda de Naín, la samaritana, la adúltera, o la unción de Jesús por la mujer pecadora, imágenes y esculturas que llevan a la contemplación, más allá de las palabras.

Terminamos con estas palabras del Papa: «Para ser capaces de misericordia... debemos en primer lugar colocarnos a la escucha de la Palabra de Dios... recuperar el valor del silencio para meditar la Palabra que se nos dirige. De este modo es posible contemplar la misericordia de Dios y asumirla como propio estilo de vida» (MV, 13).

A handwritten signature in black ink that reads "M.ª Elisa Estévez López". The signature is written in a cursive style and is underlined with a thick black line.

Elisa Estévez López

DICHOSOS LOS MISERICORDIOSOS (Mt 5,7)

En la bula de convocación del Jubileo Extraordinario de la Misericordia, «Misericordiae vultus», leemos esta exhortación del papa Francisco: «Y sobre todo, escuchemos la palabra de Jesús, que ha señalado la misericordia como ideal de vida y como criterio de credibilidad de nuestra fe. “Dichosos los misericordiosos, porque encontrarán misericordia” (Mt 5,7) es la bienaventuranza en la que hay que inspirarse durante este año» (n. 9).

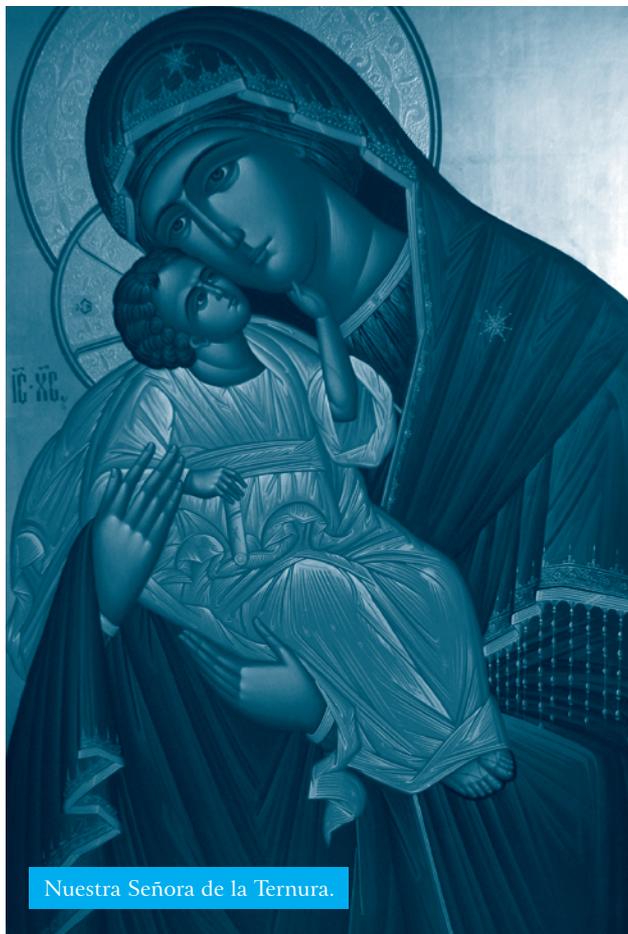
«Dichosos los misericordiosos, porque encontrarán misericordia». Estas pocas palabras de Jesús –solo seis en su formulación original en lengua griega: makárioi hoi eleēmōnes, hoti autoi eleēthēsontai– nos muestran un «ideal de vida» y son «criterio de credibilidad de nuestra fe». En este artículo, tratamos de mostrar por qué.



Alberto de Mingo Kaminouchi

1. ¿Qué es un *makarismo*?

Cuando hablamos de «bienaventuranzas», nos referimos ante todo a las que encontramos en el sermón de la montaña (Mt 5,1-7,29) y en el sermón del llano (Lc 6,20-49), pero existen otras además de estas. En el Nuevo Testamento podemos contabilizar hasta 37 expresiones a las que los estudiosos de la Biblia llaman *makarismos*.



Nuestra Señora de la Ternura.

Se denomina *makarismo* a un tipo de sentencias que se utilizaban en la Antigüedad y que en griego empiezan con el adjetivo *makarios*, palabra que suele traducirse como «dichoso» o «bienaventurado». Expresiones equivalentes se encuentran también en otras lenguas del Oriente Medio antiguo, como el hebreo o el egipcio.

Para comprender el significado y la función de estas frases hemos de ser conscientes de la importancia del *honor* en las sociedades que las usaban. Los antropólogos han definido el honor como el valor de una persona en cuanto que es colectivamente reconocido por el grupo social. En cierto sentido es afín al moderno concepto de autoestima, con la importante diferencia de que la autoestima se la adjudica cada uno a sí mismo, mientras que el honor es otorgado por la comunidad. A los seres humanos nos gusta sabernos y sentirnos valorados por los demás; el honor es la medida de esa estima.

El *makarismo* es una expresión que exalta el honor de una persona o grupo, y, al proclamarlo públicamente, lo incrementa de forma efectiva. El siguiente pasaje del evangelio según san Lucas es una buena ilustración de su uso en el lenguaje cotidiano: «Se dio el caso de que, cuando él [Jesús] decía esto, una mujer del público, levantando la voz, le dijo: «¡Dichosos [*makaría*] el vientre que te llevó y los pechos que te criaron!» Pero él dijo: «¡Dichosos [*makáριοι*], más bien, los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen!»» (Lc 11,27-28).

La mujer que proclama el primer *makarismo* —«¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron!»— exalta el honor de la madre de Jesús. Está diciendo lo valiosa que ella es por haberle parido y criado. Hasta aquí la función normal del *makarismo*: la bienaventuranza pronunciada por esta persona revalida la idea convencional de que las mujeres son socialmente valiosas por el hecho de ser madres, especialmente si han dado a luz a varones de talla excepcional, como en este caso Jesús. Cristo expresa su disconformidad con esta afirmación con otro *makarismo*: «¡Dichosos, más bien,

los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen!». La nueva familia que está surgiendo con la irrupción del Reino no está basada en lazos de parentesco, sino en la escucha de la Palabra de Dios (cf. Lc 8,19-21). En esta nueva situación, la valía de una mujer no está circunscrita a su capacidad de parir y criar: ellas pueden participar también en la escucha y la acción que hacen avanzar el proyecto del Reino; esto, para Jesús, es más importante que «el vientre y los pechos», la función fisiológica de dar a luz y amamantar.

Los *makarismos* son expresión de qué es lo valioso para una comunidad. Pocas cosas nos dicen más acerca de cómo es una sociedad que enumerar aquellas características que son más apreciadas en las personas. En este sentido, los *makarismos* pueden servir para revalidar y confirmar el orden establecido o –como hace Jesús en este caso– proponer una escala de valores alternativa. Esta es también –como veremos– la función de las bienaventuranzas del sermón del llano y del sermón del monte.

2. La predilección de Dios por los pobres

La bienaventuranza de la misericordia se encuentra solamente en el evangelio según san Mateo, en el sermón de la montaña, pero estas bienaventuranzas están íntimamente relacionadas con las que Lucas ha situado en el sermón del llano. Por este motivo, vamos a repasar brevemente este texto lucano:

Dichosos [*makarioi*] vosotros, los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios.

Dichosos los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados.

Dichosos los que ahora lloráis, porque reiréis.

Dichosos vosotros cuando os odian los hombres y cuando os expulsan e insultan y destierren vuestro nombre como malo por causa del Hijo del hombre; alegraos aquel día y saltad de gozo, porque vuestra recompensa será grande en el cielo, pues eso mismo solían hacer sus padres a los profetas (Lc 6,20-23).

En Lucas, Jesús declara dichosos a los pobres, a los hambrientos, a los que lloran y a los perseguidos. Ser pobre, pasar hambre o llorar son cosas que uno no elige; mucho menos ser insultado o expulsado. Al declarar *makarioi* a tales personas, Jesús afirma su valor. Los pobres y hambrientos no son gente maldita, «dejados de la mano de Dios»; por el contrario, son preciosos a sus ojos. Las bienaventuranzas de Lucas enuncian una verdad *objetiva*; dicen que así son las cosas: los pobres tienen dignidad porque son preciosos a los ojos de Dios. En un segundo momento

se implica una consecuencia moral: la comunidad debe tener a los pobres en alta estima y servirles como las personas honorables que son. La versión lucana de las bienaventuranzas es una declaración de la predilección de Dios por los necesitados, que fundamenta la *opción preferencial* de la Iglesia por los pobres.

Tomemos ahora las bienaventuranzas de Mateo:

Felices [*makarioi*] los pobres de espíritu, porque suyo es el Reino de los Cielos.

Felices los que lloran, porque serán consolados.

Felices los no violentos, porque heredarán la tierra.

Felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados.

Felices los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia.

Felices los puros de corazón, porque verán a Dios.

Felices los creadores de paz, porque serán llamados hijos de Dios.

Los makarismos pueden servir para revalidar y confirmar el orden establecido o –como hace Jesús– proponer una escala de valores alternativa.

Felices los perseguidos por causa de la justicia, porque suyo es el Reino de los Cielos. Felices sois cuando os insulten y os persigan y digan toda clase de mal –mintiendo– contra vosotros por causa mía. ¡Alegraos y regocijaos, porque grande es vuestra recompensa en los cielos, pues así persiguieron a los profetas anteriores a vosotros (Mt 5,3-12).

Comenzando por la primera bienaventuranza, notamos importantes diferencias con respecto a la versión lucana. No se habla ya de «pobres» sin más, sino de «pobres de espíritu». Mientras que la pobreza o el hambre son circunstancias que uno no elige, la pobreza de espíritu o el hambre de justicia son actitudes que deben adoptarse conscientemente y cultivarse activamente. En Mateo, las bienaventuranzas tienen desde el inicio un sentido moral: son llamadas a vivir de una cierta manera.

La *pobreza de espíritu* es una actitud. La palabra griega que está detrás de la palabra «pobre» es *ptōjos*, término que designa no al que vive en una honrada austeridad, sino al pobre de solemnidad, al mendigo. El pobre de espíritu es aquel que se sabe un mendigo delante de Dios. Hemos recibido la existencia como don y, aunque tengamos los medios para seguir subsistiendo, una vida plena nunca está asegurada. Esta bienaventuranza nos enseña que nos engañamos si pensamos que tenemos la felicidad bajo control. Como un pobre que abre sus manos ante quien puede darle una limosna, no tenemos más remedio que mendigar. Si para preservar el engaño de mi autosuficiencia trato de blindar mi vida, si me dedico a asegurar mi existencia en lugar de vivir, me alejaré cada vez más de la realidad y me convertiré en un infeliz. La pobreza de espíritu comienza por reconocer que no puedo alcanzar una vida plena encerrándome; pero si admito ante Dios mi menesterosidad y me abro a

La pobreza de espíritu es una actitud. La palabra griega que está detrás de la palabra «pobre» es «ptōjos», término que designa no al que vive en una honrada austeridad, sino al pobre de solemnidad, al mendigo.

él, podré franquear aquí y ahora las puertas del Reino: «Suyo es –en presente– el Reino de los Cielos».

En el fondo, todos estamos heridos. Todos tenemos la sospecha de no merecer ser amados porque no somos lo suficientemente guapos, listos, buenos, valiosos... Escondemos ese lugar de vulnerabilidad de la mirada de los demás –e incluso de la nuestra propia– bajo la máscara de una posición social, títulos académicos o profesionales, dinero... La buena noticia es que fuera de la cueva de nuestro miedo a no ser dignos de amor luce el sol del Reino de Dios.

Abrazar mi propia vulnerabilidad como lo más humano de mi humanidad es inseparable de reconocer en la fragilidad de los otros una posibilidad de comunión que subvierte las jerarquías humanas. El pobre de espíritu nunca practicará la misericordia de forma condescendiente, como quien trata con un inferior, sino que reconocerá en el necesitado a un igual. Este descubrimiento le lleva a despojarse de todo lo que le hace insensible al sufrimiento humano: a quitarse «la armadura, el duro caparazón, el guante de hierro que impide que nuestra humanidad sea tocada» (Timothy Radcliffe).

San Ambrosio, obispo de Milán en el siglo IV, escribió que el *makarismo* de los pobres de espíritu no solo es el primero en orden, sino «el padre y generador de las demás virtudes». Las demás bienaventuranzas son un desarrollo de esta primera; podemos entender la segunda, tercera y cuarta bienaventuranzas como ecos de esta: quien es pobre de espíritu no se avergonzará de llorar y renunciará a la violencia; tendrá también hambre y sed de justicia, pues nunca podrá conformarse con las situaciones y los sistemas generadores de opresión.

Mateo añade a estos cuatro primeros *makarismos* otros tres que no tienen paralelo en Lucas: dichosos los

misericordiosos, los limpios de corazón y los que trabajan por la paz. Los tres apuntan hacia la acción. De esta manera queda claro que la pobreza de espíritu no es compatible con una actitud pusilánime que se limite a contemplar la miseria humana.

Por último, en el *makarismo* de los perseguidos por causa de la justicia, Jesús no enuncia una actitud –como en los anteriores–, sino una consecuencia inevitable del estilo de vida que acaba de delinear: quienes se atreven a poner en práctica estas bienaventuranzas se encontrarán con oposiciones; tendrán que aprender a vivir a contracorriente. Eso, lejos de asustarles, les debería alegrar: «Regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos».

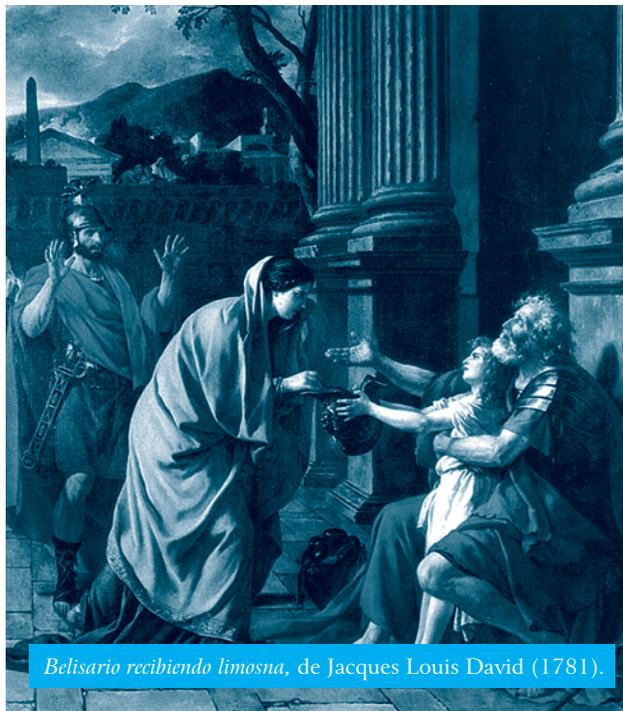
3. La misericordia, ideal de vida

Se llama «teología moral» o «ética cristiana» a la reflexión sobre el comportamiento cristiano. En los tiempos anteriores al Concilio Vaticano II, esta disciplina estuvo marcada por el paradigma casuista. Se entendía que el objeto de estudio de la teología moral era el acto humano, especialmente el pecado, y que su tarea consistía sobre todo en aplicar a casos concretos las normas generales de la ley natural. En torno al Concilio, la teología moral sufrió una profunda transformación que ha sido caracterizada como «giro personalista». En el centro de esta nueva forma de reflexionar sobre la vida cristiana no están ya los actos, sino la persona. Esto no quiere decir que ahora los actos no sean importantes; lo siguen siendo, pero como configuradores de lo que ocupa el foco de atención: la persona. Como dijo el gran teólogo moralista Bernhard Häring, la pregunta clave de la ética cristiana ya no es *¿qué debo hacer?*, sino *¿quién debo ser: cómo quiere el Señor que sea?*

Este giro personalista de la moral puso en primer plano la importancia de las bienaventuranzas para la ética cristiana, pues en ellas descubrimos que estamos *llamados a ser* como discípulos de Cristo. La ética llama «vir-

tudes» a los rasgos de la personalidad que adquirimos a través de la formación y la práctica. Llegamos, por ejemplo, a ser generosos al realizar de forma habitual actos de generosidad, o nos educamos como personas dialogantes al acostumbrarnos a resolver los problemas mediante el diálogo. Las bienaventuranzas de Mateo enuncian las virtudes del cristiano y dibujan la imagen de aquello que podemos llegar a ser si actuamos y vivimos de cierta manera. La misericordia es una de estas virtudes.

Detrás de la palabra «misericordiosos» de la bienaventuranza encontramos el término griego *eleēmōnes*, un adjetivo que tiene en su raíz el sustantivo *éleos* y el verbo *eleō*: ambos «significan el sentimiento que se experimenta ante el infortunio que aflige a otra persona y la acción que brota de este sentimiento» (H. Balz y G.



Belisario recibiendo limosna, de Jacques Louis David (1781).

Schneider, *Diccionario exegético del Nuevo Testamento II*, Sígueme, Salamanca 1996, p. 1311). *Éleos* –misericordia– es un sentimiento que mueve a la acción; nace de una sensibilidad educada para sentir como propia la pena ajena, pero, lejos de quedarse en un sentimentalismo, se resuelve en una acción que busca paliar efectivamente el dolor.

Eleēson, imperativo del verbo *eleōs*, es una petición –iten misericordia!– que los enfermos dirigen a Jesús en diversos pasajes del evangelio (Mt 9,27; 15,22; 17,15; 20,30). Las curaciones son signos de la irrupción del Reino, pues en ellas se revela la misericordia de Dios que se manifiesta a través de Cristo. *Kyrie, eleison* –¡Señor, ten piedad!– es una expresión que ha saltado directamente de las páginas del evangelio hasta nuestra liturgia.

Otro de los signos de la misericordia de Dios con los que Jesús mostraba la irrupción del Reino era el perdón de los pecados. En el evangelio vemos cómo los enfermos acudían a Jesús, pero, en el caso de los pecadores, era Jesús mismo quien tomaba la iniciativa de salir a su encuentro para transmitirles la acogida de Dios.

Jesús entendió que el Reino que anunciaba tenía su origen en Dios, quien había tomado la iniciativa de reconciliar a la humanidad consigo; pero el Reino necesita también de los seres humanos para que el perdón pueda extenderse sobre la tierra. La parábola del deudor sin entrañas ilustra que está en nuestras manos participar o no en este proyecto salvador: un hombre al que se le ha condonado una enorme suma se niega a perdonar una cantidad mucho menor a un compañero. El gran señor –figura de Dios–, que le había absuelto la ingente deuda, le dice: «¿No debías tú también *haber tenido misericordia [eleēsai]* de tu compañero como *yo tuve misericordia [eleēsa]* de ti?» (Mt 18,33; cf. 18,23-35). El perdón de Dios está destinado a desencadenar una «espiral

de misericordia» en las relaciones humanas. En nuestras manos está dar impulso o abortar este dinamismo.

Pocos versículos después de las bienaventuranzas, en el centro del sermón de la montaña, nos encontramos de nuevo con la misericordia, esta vez bajo la voz griega *eleēmosynē*, que designa la acción concreta de practicar la misericordia socorriendo a los pobres. El término nos suena familiar, porque de él deriva la palabra española «limosna». Jesús dice: «Cuando hagas *limosna [eleēmosynē]*, no lo vayas trompeteando por delante como hacen los hipócritas en las sinagogas y por las calles, con el fin de ser honrados por los hombres; en verdad os digo que ya reciben su paga. Tú, en cambio, cuando hagas *eleēmosynē*, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; así tu *eleēmosynē* quedará en secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará» (6,2-4).

La limosna es una acción que realiza concretamente la misericordia. Junto a la oración y el ayuno, conforma la tríada de prácticas que constituye el corazón del sermón de la montaña (Mt 6,1-18). Jesús pide que esta solidaridad con los necesitados se realice sin ostentación, denunciando la forma farisea de usar las dádivas como estrategia para ganar honor y poder.

Dar dinero es sin duda una manera efectiva de ayudar a los necesitados, pero no puede ser la única. En la parábola del juicio final (Mt 25,31-46), el rey dice a los que van a salvarse: «Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me alojasteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y fuisteis a verme» (25,34-36). Estas acciones, complementadas con la de enterrar a los muertos –una obra de piedad ensalzada especialmente en el libro de Tobit–, han inspirado «las

Las curaciones son signos de la irrupción del Reino, pues en ellas se revela la misericordia de Dios que se manifiesta a través de Cristo.

siete obras de misericordia corporales» que aparecen en muchos catecismos (dar de comer al hambriento; dar de beber al sediento; vestir al desnudo; visitar a los enfermos; liberar al cautivo; dar posada al peregrino; enterrar a los muertos). A estas, la tradición de la Iglesia ha añadido las «siete obras de misericordia espirituales» (enseñar al que no sabe; dar buen consejo al que lo necesita; corregir al que yerra; perdonar las injurias; consolar al triste; sufrir con paciencia los defectos del prójimo; rogar a Dios por los vivos y los difuntos). Hoy podemos y debemos seguir ampliando y actualizando las obras de misericordia: acoger a los refugiados, manifestarse por la paz, actuar para proteger el medio ambiente, etc.

En la bienaventuranza, a los misericordiosos se les promete que «alcanzarán misericordia» (*eleḗthēsontai*). Este verbo tiene la forma de una *pasiva divina*; el agente no mencionado es Dios: *Dios tendrá misericordia* de aquel que es misericordioso con los demás. Quien practica la misericordia se introduce en un dinamismo que tiene su origen en el Padre y que está destinado a realizar sobre la tierra la fraternidad universal. En nuestras manos está incorporarnos a este «círculo virtuoso» que tiene por destino la transformación de todo ser humano. Quien practica la misericordia se hará misericordioso y alcanzará la misericordia de Dios cuando esta se manifieste definitivamente en la venida escatológica del Rei-



La curación del ciego, de El Greco (1567).

no; pero el Reino está –a partir de Jesús– irrumpiendo ya sobre la tierra.

4. La misericordia, criterio de credibilidad

En la bula *Misericordiae vultus*, el Papa dice que la misericordia es *un ideal de vida*, pero también habla de ella como *criterio de credibilidad*.

El domingo siguiente a la elección del papa Francisco, en marzo del año 2013, acudí junto a miles de personas a la plaza de San Pedro. Le escuché decir:

En estos días he podido leer un libro de un cardenal –el cardenal Kasper, un gran teólogo, un buen teólogo– sobre la misericordia. Y ese libro me ha hecho mucho bien. Pero no creáis que hago publicidad a los libros de mis cardenales. No es eso. Pero me ha hecho mucho bien, mucho bien. El cardenal Kasper decía que, al escuchar «misericordia», esta palabra cambia todo. Es lo mejor que podemos escuchar: cambia el mundo. Un poco de misericordia hace al mundo menos frío y más justo. Necesitamos comprender bien esta misericordia de Dios, este Padre misericordioso que tiene tanta paciencia...».

Una de las cosas que más me han llamado la atención al leer este libro (Walter Kasper, *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Sal Terrae, Santander 2013) es la fuerte autocrítica que su autor hace de la labor de los teólogos; afirma que la misericordia ha sido «un tema imperdonablemente olvidado» por la teología:

Tanto en los manuales tradicionales de teología dogmática como en los más recientes, la misericordia de Dios es tratada únicamente como uno más de los atri-

butos divinos y, por regla general, de forma concisa tras los atributos que se derivan de la esencia metafísica de Dios (p. 19).

En el pasado, y hasta hoy mismo, la teología se ha ocupado más de pensar en categorías como la infinitud, la eternidad, la omnisciencia y la omnipotencia de Dios que en reflexionar sobre su misericordia. Y, sin embargo, esta es una de las cualidades del Señor puestas más de relieve por los autores de la Biblia. En la revelación,

Dios aparece ante todo como aquel que –llevado de su compasión– ha entrado en el caos que es la historia humana para ofrecernos salvación. Este Dios, cuyo rostro podemos contemplar en Jesús (Jn 14,9), es el que nos ha sido anunciado y al que nos toca la dicha de anunciar como buena noticia.

El rostro misericordioso del Señor suscita el deseo de darle nuestra confianza; un Dios así es creíble y da gusto darlo a conocer. No es casual que la gestión de este Jubileo Extraordinario de la Misericordia haya sido encomendado al Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización. Los cristianos no creemos en cualquier Dios –ni lo anunciamos–, sino en aquel cuya misericordia hemos conocido en Jesús y sigue haciéndose presente por el Espíritu.

Crear en un Dios así nos lleva a actuar con misericordia. El movimiento, pues, va de la contemplación a la acción; pero también recorreremos este camino en sentido opuesto: quien practica la misericordia se transforma a imagen de Dios misericordioso y, al adquirir esta virtud, se hace más capaz de mostrarle tal como es. Se establece así un «círculo virtuoso» entre fe y práctica, entre la misericordia como ideal de vida y criterio de credibilidad. ■

El rostro misericordioso del Señor suscita el deseo de darle nuestra confianza; un Dios así es creíble y da gusto darlo a conocer.